

REFLEXIÓN SOBRE LA IZQUIERDA

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Gregorio Peces-Barba Martínez *

1. En otro contexto cultural, social y político, Julián Besteiro leyó su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el 28 de abril de 1935. Leído ahora, casi sesenta y cuatro años después, el núcleo de su discurso, «Marxismo y antimarxismo», resulta superado y plantea temas que hoy no interesan en un artículo sobre la izquierda, lo que confirma el carácter histórico de la reflexión social y la superación de muchas fes militantes que yacen hoy en el museo de la Historia.

Por otra parte, ni el lugar ni mi propia formación y mi peripecia personal me inclinan a hacer una intervención política. Sería además un esfuerzo inútil porque, conociendo a mis ilustres lectores, tengo la convicción de que no convencería a nadie. Me parece por consiguiente más adecuado intentar una aproximación académica, en algún sentido analítica, ante un tema complejo y que exige hoy, después de la crisis de la caída del comunismo, un gran esfuerzo de reflexión. Como decía lúcidamente Calderón en *El mágico prodigioso*, «el pensar es empezar». Empecemos pues a pensar, aunque en las opciones políticas, planteadas desde una perspectiva intelectual, de búsqueda de las ideas que identifican hoy, a finales del siglo xx, a la izquierda, estamos ante posiciones morales, de ética pública, que suponen en definitiva preferencias, opciones últimas, donde las argumentaciones racionales son difíciles y donde la *wertfreiheit* weberiana es igualmente difícil de alcanzar.

Por otro lado, la política y sus opciones no se pueden identificar con la civilización, pero son un camino necesario para alcanzar cualquier modelo de civi-

* Sesión del día 2 de marzo de 1999.

lización. Los fines últimos de una opción política de izquierdas conducen a una forma de sociedad civil diferente a los de una opción desde la derecha. Si no podemos concebir a la sociedad romana sin los cónsules, el Senado y los tribunos de la plebe, a la civilización árabe sin el Islam, a la inglesa sin el Rey y el Parlamento, o a Europa sin el mensaje cristiano, debemos indagar hacia dónde conduce hoy una visión del mundo desde la izquierda. Aunque la política es instrumental, es también necesaria para la realización de cualquier forma de convivencia.

En la Academia, y como intelectuales, debemos abordar este tema no desde la potencia, sino desde la conciencia; desde la independencia, pero no desde la indiferencia; desde la perspectiva que marca para nosotros Julien Benda en *La trahison des clers*, su gran obra de 1927. Si debemos reflexionar como hombres de cultura sobre los caminos que conducen a los valores supremos de la civilización, las propuestas políticas, y en mi caso la reflexión sobre la izquierda y el socialismo, son imprescindibles, pero para ser fieles a nuestra misión debemos hacerlo sin subordinar nuestra actividad intelectual a las pasiones irracionales de la pequeña política, desde la independencia y desde la racionalidad. La política activa ejercida desde el poder del Estado supone en la modernidad el monopolio de la fuerza; con nuestra reflexión, al pensar y al hablar sobre la política, debemos evitar que ese monopolio de la fuerza se convierta, además, en el monopolio de la verdad.

2. Desde estas premisas, abordo estas reflexiones sobre la izquierda en un momento de cambio, cuando las ideas tradicionales sobre el tema y los discursos clásicos, como el de Besteiro en la Academia, se difuminan en una realidad social muy distinta de aquella en la que se fundaban. Por otra parte, la crisis, derivada tanto de la complejidad como de la fragmentación, potencia y profundiza la confusión y la desorientación generales en torno a esta noción. Creo que, por otra parte, el derrumbamiento de los países comunistas del Este, y especialmente de la Unión Soviética –a mi juicio, más por totalitarios que por socialistas–, ha impulsado la idea, alimentada desde el inmenso poder mediático del capitalismo y de las ideologías neoliberales, de que esa aniquilación suponía el fin de cualquier izquierda y la confirmación del valor arraigado e indiscutible de las ideologías del liberalismo económico y del mercado como explicación total de la sociedad. Esta confusión ha hecho mella en los propios partidos socialistas y socialdemócratas, que se han desarmado ideológicamente y han aceptado las posiciones adversarias más allá de lo razonable. Bobbio ha dicho, en un artículo periodístico recordando al poeta Kavafis, para expresar los sentimientos que esa situación le producía, un poco provocadoramente: «Ahora que los bárbaros no están, qué vamos a hacer sin los bárbaros»; y él no es sospechoso de condescendencia con el marxismo leninista, como prueba su polémica con Togliatti, que por cierto usaba el pseudónimo de Rodrigo di Castiglia, en *Política y cultura*. Así hemos vivido unos años de enorme

confusión de ideas y de pesimismo en la izquierda, y así los fundamentos intelectuales sobre los que, en los últimos ciento cincuenta años, se ha fundado su identificación se han debilitado y han perdido sentido. Como dice Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*, estamos ante un caso en que «el lenguaje se va de vacaciones y empieza a operar locamente, como una turbina que girase en el aire fuera de sus engranajes». Son necesarios una clarificación y un esfuerzo de reflexión, que ya se han iniciado en los últimos tiempos.

Una razón para impulsar estos puntos de vista es que el capitalismo y la ideología del mercado como valor absoluto que le acompaña –hoy fes militantes en las que se cree con un arraigo muy amplio– no están siendo capaces de superar sus demonios familiares: las crisis endémicas, el paro, la especulación o la marginación de muchos en el interior de los países ricos, y entre los ciudadanos de los países pobres.

Debemos pues preguntarnos si la izquierda y el socialismo existen todavía o han perdido su significado ante el pensamiento único.

Creo con Bobbio, en su excelente pequeño libro *Destra e sinistra. Ragioni e significato di una distinzione politica*¹, que el tema de la izquierda se debe analizar en relación con la derecha, puesto que ambos términos representan un dualismo omnicomprendivo, una dicotomía que ocupa en el plano de la política un puesto semejante a la distinción sociológica entre comunidad y sociedad, en economía entre mercado y planificación, en estética entre clásico y romántico, en filosofía entre trascendencia e inmanencia, en derecho entre positivismo y iusnaturalismo. Si alguno de esos dualismos son complementarios, otros son antitéticos, y derecha e izquierda pertenecen a este segundo grupo.

La dualidad derecha e izquierda se puede cruzar con la de moderación y extremismo, que no afecta a los contenidos de las ideas, sino a su grado de radicalización y a las diversas estrategias para llevarlas a la práctica. Los moderados son gradualistas o reformistas y los extremistas son catastrofistas, partidarios del todo o nada y también, en ocasiones, mecanicistas que creen en la llegada inexorable de sus verdades indiscutibles. Bernstein hablaba, lúcidamente de «calvinismo sin Dios». Los extremistas se vinculan con la idea de revolución, que supone una secularización de la idea cristiana de redención, una mundanización de la trascendencia. Hay moderación de derechas y de izquierdas y extremismo en los dos referentes de la

¹ Donzelli, Roma, 1994, 2.ª ed. 1995. Edición castellana con prólogo de Joaquín Estefanía. Taurus, Madrid, 1995.

dicotomía. Así, los extremistas de derechas serán los fascistas, y los extremistas de izquierdas, las revisiones leninistas o maoístas del marxismo. La moderación en la derecha, desde el diálogo, la tolerancia y el poder limitado, será el liberalismo conservador, y en la izquierda, con los mismos rasgos, será el socialismo democrático o liberal.

A veces se ha identificado a la derecha por sus influencias religiosas, y a la izquierda, por su carácter laico, pero este intento de distinción no representa un análisis riguroso de la realidad, mucha más compleja. Así, existe una derecha laica, e incluso atea, que admira de la Iglesia su orden y su jerarquía, pero que no participa de los valores evangélicos. Mussolini o Maurrás se encuentran en ese modelo, y cuando Maritain rompe con Acción Francesa, después del desgraciado episodio de la colaboración en la *Revue Universelle*, dirá, en su *Carnet de notes*, que nunca podrá perdonarse el haber colaborado con unas gentes que tienen como núcleo de su pensamiento el desprecio por el Evangelio. Es verdad que Ernest Psichari, muerto en la primera guerra mundial, y que dejó su herencia conjuntamente a Maurrás y a Maritain, que así emprendieron la tarea común de la *Revue Universelle*, pensaba también que derecha y religión iban unidas, lo que fue un error del que sólo participó Maritain por algún tiempo. La realidad, que le hizo ver lo erróneo de esa identificación, también se encargó de verificar que aquellas gentes traicionarían a Francia en lo más profundo de su tradición republicana.

Por otra parte, la existencia de una izquierda de inspiración religiosa, desde los niveladores ingleses y sus lejanos herederos los fabianos hasta la teología de la liberación, pasando por Louis Blanc, que comparaba, en su *Catecismo de los socialistas*, a los oprimidos con Jesucristo, desmiente también, por demasiado simplista, el criterio que comentamos. Tampoco la vinculación de la izquierda con la idea de progreso y de la derecha con la defensa del pasado y de la tradición parece un criterio solvente ni suficiente. Creo, finalmente, que otra idea extendida que vincula a la derecha con la libertad y a la izquierda con la igualdad es también incompleta, y no presenta elementos ni proporciona razones para una identificación de la izquierda.

3. Antes de intentar una tipología más completa, que permita finalmente fijar criterios de identificación de la izquierda, parece conveniente poner de relieve que existen obstáculos intelectuales para que en el futuro pueda construirse una ideología socialista y de izquierdas, o que son claramente incompatibles con ellos.

Entre ellos, y sin afán exhaustivo ni pretender llegar a un *numerus clausus*, podemos señalar las siguientes:

a) La dialéctica opulencia-pobreza, considerada como una idea reguladora de la realidad, que asume, sin reacción y sin acción correctora, el hecho natural de las diferencias, y que tiene su expresión más cruel en la parábola del banquete que introduce Malthus en la segunda edición de su *Ensayo sobre la población*.

b) La mentalidad de sociedad privada que prima los intereses particulares y que considera que su defensa exclusiva está en la naturaleza humana, cerrada al altruismo, aunque sea limitado. Estos puntos de vista contribuyen tanto al egoísmo insolidario como a las demandas excesivas, que están en la base del Estado mínimo y de las dificultades del Estado social.

c) La idea de la economía como moralidad. En el umbral del mundo moderno, la economía moral, que suponía el control desde la teología, fue superada en el proceso de secularización por la economía política, autonomía del pensamiento económico frente al rígido control de la Iglesia en el sistema anterior. Esa autonomía, en el marco de la cultura política y jurídica contemporánea, ha derivado hacia la economía como moralidad, es decir, a la superioridad de las reglas técnicas del mercado sobre las que derivan de la defensa de la dignidad de la persona. Como dice Fernando de los Ríos, «... el problema de la justicia social no es un problema de la libertad sin límites, sino de la libertad para las personas y de subordinación de las cosas a los fines humanos». Esta reacción típica desde la izquierda, frente a esta idea de la economía como moralidad, está calando en sectores del pensamiento económico actual que, como Amartya Senn, consideran que no es posible separar la economía de la moralidad, ni mucho menos convertir a la economía en moralidad.

d) La tentación del poder invisible. La izquierda, en cuanto ha sido totalitaria, ha incurrido también en ese error, cuando la visibilidad del poder, el espacio público abierto o la opinión libre han sido consideradas como un obstáculo político. Sólo desde la aceptación sin reservas del parlamentarismo y de la libertad de expresión e información se puede impulsar la visibilidad, condición de una política democrática.

e) La tentación autoritaria, que es una patología del principio de las mayorías que puede producirse tanto desde la mayoría como frente a la mayoría. Cuando se produce desde la mayoría, supone que se considera que la expresión de la voluntad del poder, amparada por la mayoría, crea normas no solamente válidas, sino también justas, es decir, que la mayoría asegura la obtención de una respuesta correcta. Es el nuevo camino para potenciar la arrogancia del poder y el abuso de éste. Cuando se produce esa tentación autoritaria frente al principio de las mayorías, una concepción del bien o una filosofía comprensiva considera que

existen cotos vedados al principio de las mayorías, por medio de verdades que administra una Iglesia, una escuela filosófica o una ideología política, y que se pueden oponer a los procedimientos establecidos en las reglas del juego de un sistema constitucional. Si se parte, como yo lo hago, del pluralismo y de la idea, compartida con el Rawls de *El liberalismo político*, de que ninguna concepción del bien puede ser el núcleo de la razón pública, y de que, como comparto también con Habermas, «la acción política y su derecho no pueden ser evaluados desde la categoría del bien y del mal», parece que esta posibilidad de vetar la acción pública desde verdades religiosas o filosóficas carece de justificación.

f) La tentación de la negociación que excluye al principio de las mayorías. Estamos ante una patología que considera que la negociación excluye al principio de las mayorías. Es la actitud de la sociedad cerrada que favorece el autismo y el aislacionismo de quien la practica, y se convierte en el único procedimiento para la toma de decisiones. Un respeto a las diferencias llevado a su extremo, la socialización de una conciencia colectiva carente de referentes externos, unos agravios ficticios de una supuesta dominación impuesta y no aceptada, crean esta mentalidad vinculada por pasiones ideológicas nacionalistas y que incorpora al derecho interno técnicas del derecho internacional. Así, como dice Touraine, la sociedad se convertirá «... en un mercado de transacciones vagamente reguladas entre unas comunidades encerradas en la obsesión de su identidad y de su homogeneidad...»². Es un planteamiento incompatible con cualquier racionalización y con cualquier pretensión de alcanzar la universalidad, y fundado en el romanticismo político.

Todas estas ideas, hechos o realidades sociales, o creencias arraigadas en nuestra civilización, dificultan la posibilidad de la izquierda. Por consiguiente, una primera forma de identificación de las posiciones prácticas de izquierdas, en clave negativa, se vincula a la actitud de rechazo y el desacuerdo intelectual con esos puntos de vista. Así, podemos decir que una concepción ideológica se considera de izquierdas si rechaza la resignación frente a la dialéctica opulencia-pobreza, si se aparta de la mentalidad de sociedad privada, si niega la idea de la economía como moralidad, si evita la tentación del poder invisible y la tentación autoritaria desde la mayoría, y si combate a la tentación autoritaria frente a la mayoría y a la de la negociación que excluye el principio de las mayorías.

4. Ahora nos acercamos al concepto de izquierda desde otra perspectiva, para completar en lo posible el perfil, la identificación, de la izquierda del futuro y sus objetivos.

² Vid. ALAIN TOURAINE, *¿Qué es la democracia?*, Edición castellana, Madrid, 1994, pág. 36.

Partiendo del esquema bobbiano, y sobre la base de los valores de libertad e igualdad, cruzados con los de moderación y extremismo, podemos encontrar rasgos identificadores de la izquierda, considerando la dicotomía derecha-izquierda como el ámbito de inclusión y exclusión de los criterios relevantes. Como es, a mi juicio, un esquema incompleto, incorporaremos a la reflexión el valor solidaridad, que no es sino la denominación actual del tercer elemento de la trilogía de la Revolución Francesa, la fraternidad. Considerando sólo la libertad y la igualdad, es decir, el debate de la cultura política del siglo XIX y parte del XX, nos encontramos con dos modelos extremistas y dos modelos moderados: el extremismo contrarrevolucionario y el revolucionario, y la moderación conservadora y la progresista. El extremismo contrarrevolucionario se forma con las ideologías que son a la vez desigualitarias y antiliberales, es decir, autoritarias o totalitarias. Es la extrema derecha fascista o nazi, o la que alimenta a dictaduras militares como la del general Franco o el general Pinochet.

El extremismo revolucionario está formado por aquellas ideologías que son al tiempo igualitarias y antiliberales, es decir autoritarias o totalitarias. Es la extrema izquierda comunista de China o de la Cuba de Fidel Castro.

El moderantismo conservador está formado por las ideologías que son, al tiempo, desigualitarias y liberales. No aceptan una intervención correctora de las desigualdades, pero asumen el Estado de derecho, el sistema parlamentario representativo y los derechos individuales civiles y políticos. Forman el centro derecha, y se puede considerar a sus defensores como liberal-conservadores. El moderantismo progresista se constituye con ideologías que son tanto igualitarias como liberales. Propugnan una intervención correctora de las desigualdades para alcanzar la cohesión social y al mismo tiempo asumen el Estado de derecho, el sistema parlamentario representativo y una visión integral de los derechos fundamentales donde, además de los derechos individuales, civiles y políticos, incorporan los derechos sociales, instrumento jurídico de equiparación en los mínimos y en la cohesión. Estamos ante la izquierda moderada, que es para mí la izquierda posible, la que está hoy presente en la cultura política europea y que no se puede identificar, si se actúa con una buena fe mínima, con la situada en el anterior grupo, la que se derrumbó junto con el modelo totalitario de Estado que intentaba construir. Es el socialismo liberal o democrático.

Guy Mollet, el líder socialista francés en la IV República, en un debate parlamentario dijo que la izquierda era lo posible, en cada momento histórico, para alcanzar el desarrollo más amplio de la condición humana, añadiría yo. También, contestando a un parlamentario comunista, probablemente Maurice Thorez, que le

preguntaba si ellos no eran de izquierdas, indicó que los comunistas no estaban a la izquierda, sino en el Este, lo que no era lo mismo.

Esta tipología parte de una idea homogénea en los cuatro modelos de la relación poder-derecho, común en el mundo moderno, y que considera a esos dos conceptos como inseparables y como las dos caras de una misma moneda. Sin embargo, la ideología anarquista, que rechaza el papel del poder político y lo sustituye por la acción social, no puede conducir ni ser identificada plenamente con ninguno de esos cuatro modelos. Es una ideología igualitaria, antiautoritaria, pero no liberal, sino libertaria. La diferencia es que el papel que se atribuye al poder y a su derecho para realizar o impedir la igualdad o la libertad se entiende aquí situado en el protagonismo social.

Es un modelo revolucionario, igualitario, solidario y libertario, actual, pero sin duda también una forma de izquierda societaria y antiestatalista.

La consideración de la solidaridad como valor a incluir en los cuatro modelos iniciales será un elemento que podría aproximarlos con el modelo de izquierda anarquista, al propiciar un mayor protagonismo de la sociedad civil.

La solidaridad, compatible con el modelo de relación entre poder y derecho, está estrechamente unida a los dos valores de libertad e igualdad, y sólo es relevante su presencia en el modelo a la vez igualitario y liberal. No es compatible claramente con el modelo antiigualitario y autoritario, donde carece de algún resquicio para actuar. Es posible su actuación en el modelo antiigualitario y liberal, porque en su dimensión política éste acepta el pluralismo y la libertad de pensamiento y de expresión, aunque se enfrentará con la ideología mayoritaria, en tanto en cuanto la solidaridad impulsa y favorece la igualdad. Diríamos que tiene facilidades formales, pero dificultades de contenido con este modelo. Los problemas son mayores con el modelo igualitario y autoritario, extremismo revolucionario, porque aunque coincide en la vocación igualitaria, discrepa radicalmente de los modos de alcanzarla, que en este caso se vinculan con la planificación y con el estatalismo excluyente de la participación social. En este caso, la solidaridad tiene facilidades en los contenidos, pero dificultades formales.

La acción solidaria, es decir, la presencia del valor solidaridad para completar y potenciar los valores de libertad e igualdad en la ideología de izquierda moderada que los considera compatibles, enriquece esa ideología en las siguientes dimensiones:

— Favorece la cooperación altruista, frente al egoísmo de la mentalidad privada. Rechaza la idea de que la organización social es sólo un medio para alcanzar fines privados, y favorece que se tenga en cuenta el bien de los demás.

— Evita la dialéctica amigo-enemigo y rechaza el valor del odio como motor de la vida política, y la inevitabilidad del conflicto y de la violencia como salida de diferencias entre las personas y los grupos.

— Favorece el reconocimiento del otro como «prójimo», y el interés por los demás que forman parte de nuestra misma comunidad. Es incompatible con sistemas cerrados, con concepciones totalizadoras y excluyentes, y rechaza el racismo y la xenofobia.

— Sitúa la resolución de los problemas sociales no sólo en el ámbito de competencias públicas, sino en el ámbito y con la participación activa de la sociedad civil. Supone la antítesis de la filosofía del banquete de Malthus, y potencia la cooperación y la creación de relaciones jurídicas de integración

— La solidaridad matiza la idea de igualdad, y justifica la igualdad como diferenciación que considera la existencia de medidas discriminatorias en favor de los más débiles.

— Asimismo, crea cauces de comunicación que permiten un diálogo ilustrado entre personas que se respetan y se reconocen, y contribuyen, en ese esquema compartido, a poner en común criterios de ética pública que superan el interés individual.

— En la interpretación del derecho y en la aplicación de los derechos y de las libertades, impide un planteamiento egoísta, e impulsa un uso respetuoso con los derechos de los demás, matiza una interpretación tajante y absoluta del propio derecho y tiene en cuenta los perjuicios que se pueden producir a terceros.

— Finalmente, en el ámbito del Estado social y de sus derechos, desactiva las demandas excesivas, que son la forma de presentarse que tiene el egoísmo de los pobres, y que no tienen en mente la escasez y piden una satisfacción plena de las necesidades, sin preocuparse del perjuicio por la imposible generalización de esas demandas excesivas.

La solidaridad, en definitiva, supone una moralidad de la asociación que completa la libertad y la igualdad, que impulsa un sistema de cooperación y la idea

de la generalización de los derechos. La izquierda que participa de la defensa de la libertad y de la igualdad, que es liberal e igualitaria, profundiza su perfil con el valor solidaridad, en un contexto de relación entre poder y derecho.

5. Para concluir, existen condiciones y se han aportado elementos intelectuales que permiten una aproximación suficiente al concepto de izquierda. Esa situación nos permite preguntarnos por los objetivos de la izquierda en el futuro, aunque sin ánimo de agotar el tema ni pretender un proyecto cerrado. Son sólo algunas reflexiones tentativas. El fundamento del socialismo liberal o democrático, que es un socialismo ético y no científico, está en el desarrollo global de la idea de dignidad humana, en las cuatro dimensiones fundamentales que presenta: capacidad de elegir, de construir conceptos generales y de razonar, de dialogar y comunicarse, y de pretender una moralidad privada que conduzca al bien, a la virtud o a la salvación, según sea el punto de vista religioso o laico de cada persona. El desarrollo de ese objetivo da sentido a la adhesión conjunta a los valores de libertad, igualdad y solidaridad. Así, la libertad, en la construcción de la organización social, será libertad autónoma para crear ámbitos protegidos para el desarrollo de la autonomía de la voluntad, será libertad de participación para intervenir en la forma de la voluntad política de la comunidad, y será libertad promocional para poder obtener beneficios de los poderes públicos y de la sociedad a través de prestaciones, con los derechos sociales para alcanzar la cohesión y para convertir en reales las creaciones normativas que no se han reflejado en los hechos. La igualdad, para la izquierda, no es sólo igualdad formal, igualdad jurídica, igualdad ante la ley e igualdad procesal, sino también igualdad material, como cauce para la satisfacción de necesidades básicas de aquellos que no pueden satisfacerlas por sí mismos, y todo ello desde la cooperación que supone la solidaridad.

En segundo lugar, la izquierda pretende esforzarse por mantener el esquema intelectual de la modernidad, es decir, la distinción entre ética pública y ética privada, y sus consecuencias jurídico-políticas: libertad ideológica y de conciencia, pluralismo y neutralidad del Estado. En tercer lugar, la lucha por la visibilidad del poder, que necesita la potenciación del parlamentarismo y de las libertades que impulsan el espacio público, libertad de información y de expresión. En cuarto lugar, la incorporación de los nuevos valores, como la lucha por los derechos de la persona concreta o situada, el medio ambiente y el equilibrio ecológico. En quinto lugar, la superación de la soberanía del Estado y la creación de espacios supranacionales, en el camino hacia la utopía kantiana del Estado cosmopolita y la lucha por el desarme y por la paz. Y finalmente, el mantenimiento y la consolidación del Estado social, combatido frontalmente por los neoliberales, y por los flancos desde los pocos gobiernos liberal-conservadores que existen hoy en

Europa, un símbolo de la cultura política europea que sólo la izquierda mantiene en su integridad.

Llegamos al final con algunas conclusiones. La reflexión sobre la izquierda pone de relieve que todavía existen serias carencias para que se realicen las tesis primera y segunda, que Kant expone en su «Idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita», de que todas las disposiciones naturales de una criatura están destinadas, un día, a desarrollarse plenamente y conforme a su propio fin. En el hombre, esas disposiciones naturales se dirigen al uso de la propia razón, no en el individuo sólo, sino en el conjunto del género humano. Por eso dirá en «¿Qué es la Ilustración?» que ésta consiste en una salida del hombre de la minoría de edad, y en hacer uso público de la razón en todos los campos³. Falta aún mucho, como se comprueba a finales del siglo xx, para alcanzar las metas que Kant propugnaba. Por eso, la izquierda arranca de la dignidad de la persona y reclama su plena y generalizada realización. Por eso, será moral o no será, y por eso, el socialismo ético es el que sobrevive, y el llamado científico, donde positivismo y marxismo se confundían, está superado y es una reliquia histórica. Mientras la izquierda tenga tarea por delante, seguiremos en la modernidad, y el fin de la historia y la postmodernidad serán tan ilusorias como el pensamiento único.

La izquierda del futuro sólo tiene porvenir si sus esfuerzos expresan un talante ético y una construcción racional situada en cada momento histórico. Cuando ha desistido, desde el poder, de comprender la realidad, ha caído siempre en la tentación de manipularla. Ya decía Condorcet que toda sociedad que no es esclarecida por filósofos puede ser engañada por charlatanes. El respeto por la labor intelectual y la comprensión del papel central de la educación son el núcleo de buen sentido que siempre se debe respetar, para encontrar razones para la acción y para ayudar y favorecer la libertad moral de todos. Y por fin no hay que anclarse en el realismo, sino, como decía Weber, pedir lo imposible, uniendo el ocio de pensar el mundo con la fatiga de construirlo, porque sólo pidiendo lo imposible se acaba alcanzando lo posible. Es de nuevo Kant, contra Kant, en la clave que Bernstein, lúcidamente, desveló.

³ Vid. ambos escritos, de 1784, en *Filosofía de la Historia*, Edición de Eugenio Imaz en Fondo de Cultura Económica, México, Madrid, Buenos Aires, 1941, 2.ª reimpresión 1981.

